

APRENDER DE LA PANDEMIA



El aprendizaje es una de las vías fundamentales que tenemos para crecer y mejorar como personas y como sociedad. Las dificultades no son malas “per se”, sino que nos activan para buscar soluciones que nos permiten avanzar.

Es verdad que el problema actual es complejo y ha sacudido profundamente nuestros esquemas. La coyuntura presente nos ha abierto los ojos en algunas cuestiones muy básicas: la falta de UCIs y respiradores, la carencia de equipos de protección, la debilidad de la industria en muchos aspectos, las necesidades vitales no resueltas de muchísima gente...

Ahora bien, el aprendizaje exige recursos: conocimientos para procesar la información; destrezas para analizar y discernir nuestros procesos mentales y espirituales; habilidades afectivo-emocionales adecuadas que nos activen para aprender de la vida; fortalecimiento del trabajo cooperativo y solidario; concentración en valores referenciales como pueden ser la honestidad, el respeto, la generosidad, etc.

Estamos ante una realidad que nos sacude como fondo: la de nuestra vulnerabilidad como individuos (por la pérdida del trabajo, enfermedad, la muerte cercana...) y como colectivo (afecta a nuestro entorno cercano y también al no tan cercano).

Tenemos que reaccionar para salir mejorados de esta crisis. Lo primero de todo es pensar qué estamos aprendiendo cada una/o de nosotras/os. No hay nada que exigir a nadie si antes no sabemos qué hacer nosotras/os.

Me parece que, nos hemos hecho conscientes de que hay cosas esenciales y otras que no lo son tanto. Que la vida puede y debe ser más sencilla. Que acumular más y más dinero y bienes no puede ser el camino del bienestar. Que tenemos que sacar lo mejor de nosotras/os mismas/os, para nosotras/os y para las/os demás. Que una ética del cuidado es absolutamente necesaria. Que en nuestro entorno hay demasiada competitividad y que estamos demasiado centrados en el éxito inmediato, el reconocimiento social y en la economía, antes que en el desarrollo social y colectivo de las gentes (el bien común, la cooperación, la ayuda mutua).

Entre otras cosas, hemos visto más claro que nunca cómo debemos trabajar los aspectos emocionales: la resiliencia, la ilusión o la confianza en el futuro. Lo mismo decimos de la responsabilidad en nuestros actos. Se trata de hacer las cosas no “por imperativo legal” sino por convicción.

Al final no sería poco que, tomáramos conciencia de que tenemos que trabajar juntas/os, tejer lazos de solidaridad, de ayuda ciudadana, vivir especialmente abiertos a los más vulnerables, para que nadie se sienta abandonado. No cabe la huida individual, el sálvese quien pueda, ese achicar problemas porque no son míos.

Nos necesitamos. Necesitamos a las/os sanitarias/os, las/os bomberas/os, las/os transportistas, las/os agricultoras/es, las/os trabajadoras/es de las tiendas, las/os profesoras/es y las/os comunicadoras/es; todas/os formamos un cuadro humano en red que nos vincula como humanidad.

Nos hemos hecho más capaces de valorar los servicios que prestan los profesionales y de relativizar otras cosas. Mejor así, porque así es como nos sentiremos en paz entre todas/os.

Xabier Andonegui
Consiliario de Caritas Gipuzkoa